

nios. ¡Se le había concluído esa cosa tonta y divina, esa farándula indispensable, esa nada omnipotente que llaman dinero!... ¡Qué afanes, qué fatigas para procurarse algunas cantidades! Felipe no cesaba de salir con cartitas y recados. Volvía casi siempre con las manos vacías. "Es que ya abusamos—pensaba él.— Razón tienen en no darnos nada.,

## VI

Tuvo Cirila no se sabe qué cuestiones con su marido, y éste desapareció. Se fué derecho á la ganadería, de donde no debió nunca salir. Ella no se había ido también, según dijo, por estar cerca de su hermana y cuidar al señorito; pero si el señorito no aprontaba lo necesario para el diario, no podía ella darle ni una miga de pan, porque... mostraba las palmas de las manos vacías... no tenía nada. Para dar al señorito la última tajada de carne, le fué menester empeñar su mantón y las sábanas de la cama... Por manera que si el señorito quería una chuleta, una taza de caldo, huevo pasado, rebanada de pan, ya podía ir pensando de dónde lo sacaba, porque ella...

En tal extremidad, y hallándose como ejército famélico en plaza estrechamente sitiada, discurrió Alejandro pedir socorro á su tía, que

era la última palabra del credo en casos tales. Acudió volando Felipe con la esquelita, y á la hora volvió desconcertado y afligidísimo. La señora le había recibido con risas muy extrañas y llevádole á la sala, donde tenía (espanto y confusión de Felipe) una mesa con tapete encarnado, y encima dos velas verdes y sin fin de cartas de baraja revueltas... A Centeno se le comprimió el corazón viendo cómo la señora, después de espantar un zángano invisible, se puso á revolver cartas sin hacer caso de él para nada... La criada entraba y salía, viendo todo como la cosa más natural del mundo... Por fuerza la mujerona sirvienta estaba también tocada. ¿Y qué hizo la señora con la carta de su sobrino? Pues la colocó abierta sobre la mesa, y empezó á correr naipes, á correr naipes, diciendo unos latines ó romances que el demonio que los entendiera. Después trajo un puñado de cañamones, y haciendo un cucurucho se lo dió á Felipe para que lo llevara al sobrino sin ventura... Que Felipe salió escapado de la casa, no hay para qué decirlo. Felizmente, encontró en la calle de Toledo á su paisano y amigo Mateo del Olmo, de quien obtuvo, no sin esfuerzos de elocuencia, el anticipo de una peseta. Con ella compró pan, dos huevos y una chuleta, y guardó el resto para lo que ocurriese. Todavía había Providencia.

La misma noche tuvo un feliz encuentro en

el pasillo de la casa, que era el Foro ó Parlamento en que se ventilaban las cuestiones de aquella federación de familias. Habiendo dejado á su amo dormido, salió á ver si podía hacer callar á unos chiquillos que alborotaban. Vió pasar á un hombre, que miraba al suelo, rozando su cuerpo contra la pared, al mismo tiempo que andaba vacilante. Reconocióle al punto, y tirando del faldón de una especie de levita, que del cuerpo de aquel fantasma pendía, le dijo:

“¡Don José!... ¿Ya no me conoce?,”

El otro se detuvo y le miró. Sus ojos, cual si acabaran de verter copiosísimo llanto, estaban húmedos. Sus erizados pelos bermejos se querían echar fuera sediciosamente del abollado sombrero que los oprimía y avasallaba. De su rostro emanaba una tristeza sepulcral, como de los anafres de las vecinas el pesado tufo, y así como en éstos, por los agujerillos, se ven las brasas quemadoras, así en el entenebrecido rostro de Ido se veían brillar ascuas de un mirar famélico. Más con el alma atenta que con el oído, enteróse Felipe de los conceptos de aquella voz, que dijo:

“¡Ah!... tú eres aquel Doctorcillo Centeno, el que estaba en casa de don Pedro... ¿Vives aquí?,”

Hubo mutuas explicaciones, y ofrecimiento de domicilio. Ido, tomando á Felipe por un

brazo, retrocedió á la escalera, y se sentó en el último peldaño de ella.

“Siéntate aquí y hablaremos—dijo con voz desvanecida y vagorosa, cual si las palabras medrosas del aire en que vibraban, quisieran retroceder para volverse á la boca.—Sabrás, Felipe, cómo estoy sin colocación desde hace tres meses. Y por más que busco, y aro la tierra para encontrarla, no puedo conseguirlo. He visitado á todos los maestros, y nada. He ido á todos los colegios, y en ninguno hay vacante. Lecciones particulares, ¡Dios las dé!... De modo que estoy, hijo, á la cuarta pregunta... con mi señora enferma y cuatro hijos, cada uno con su boca correspondiente.,”

Preguntóle discretamente Felipe los motivos de su salida de la casa de Polo, á lo que el pendolista contestó de este modo:

“¡Ay! hijo, tú te marchaste antes de que en el bueno de don Pedro se iniciaran las grandes locuras que hemos visto... Ya conoces su genio de Barrabás y sabes cómo nos trataba... El genio se le podía llevar, anda con Dios; pero hay cosas, amigo Felipe, que ofenden á un hombre digno. Yo á nadie faltó. ¿Por qué no se me ha de tratar con miramiento y buena crianza? Ya, cuando tú estabas, el maestro me decía palabras malsonantes; pero como él mismo se reía, pasaban por bromas. “Es usted más tonto que el cerato simple.,” Esto era á cada momento.

Bien: pase como un desahogo... Pero cuando un concepto se repite y se repite... Yo paso una broma; pero que me pongan motes no me gusta. Don Pedro, últimamente, ya no me llamaba por mi nombre, sino que decía: "*Cerato simple*, haga usted esto ó lo otro. *Calamidad*, esto ó aquello...". Los chicos se refán y no me respetaban nada. También entre ellos no faltaba quien dijera: "*Cerato*, vete al acá ó al allá.". Francamente, naturalmente, amigo Felipe, esto ya es por demás. Porque si un chico me falta una vez, se lo paso; pero que me tomen como cuento de risa... Si á uno le mandaba una cosa, me respondía: "*Dido*, no me da la gana...". "*Dido*, vete á donde quieras...". Francamente, naturalmente... yo estaba ya trinando en mi interior, y con un aquél que me revolvía las tripas. Don Pedro no hacía más que disparatar cuando tomaba las lecciones: todo lo decía al revés, y echaba la culpa á los chicos y á mí. Un día se puso como un león, echando lumbré por aquellos ojazos, con espuma en la boca; y empezó á tirarnos los libros, los tinteros, plumas, pizarras. Nos apedreaba. Á algunos alumnos les hizo heridas... Todos estábamos aterrados. Cogió al chico de Pasarón y le tiró al aire. Á todas éstas, renegaba de la escuela y decía maldiciones impropias de un sacerdote... Francamente, naturalmente, esto no se podía aguantar. Aquel día se retiraron de la escuela

no pocos niños, y el padre de Nicomedes vino hecho una fiera, se trabó de palabras con don Pedro, y por poco se pegan. Otro día el maestro estaba como un idiota: no decía palabra; tenía una especie de modorra, y hasta parece que se le caía la baba... No te rías; sí: al tal don Pedro le pasa algo... Enfermo está no sé de qué... Pues como te decía, sin más ni más, salió con la pitada de que yo le quitaba los discípulos, y que soy un acá y un allá. Yo le dije: "Francamente, naturalmente, señor don Pedro...". Y él me contestó: "Porque usted, bajo esa capita de santo, es capaz de asesinar á su padre...". Francamente, naturalmente, yo... ¿qué había de hacer?... Total, que me marché. Aquí me tienes, pues, sin colocación, pasando las de Caín para mantener á tanta familia. ¿Vives tú con un señor que parece está enfermo, y que, según dijo doña Cirila, es algo poeta?

—¿Qué es eso de algo?—replicó Felipe, ofendido de que se escatimaran así las facultades literarias de su señor.—Mi amo es de lo que no hay en eso del drama y la poesía.

—Pues, hijo—manifestó don José alzando un poco la abatida voz por los bríos que le daba la esperanza,—á ver si me proporcionas algún trabajo. Quizás tenga tu amo borradores que copiar...

—Por ahora, señor don José, no sé si habrá

algo; pero no está mi amo muy en fondos para encargar ese trabajo... Más adelante puede... porque tenemos unos dramas que el señorito va á poner en limpio.

—¡Dramas! Pues venga. Que me dé lo que pueda á cuenta... Yo también hice un drama en mi juventud; y en esta miseria de ahora se me ha ocurrido retocarlo, á ver si alguna compañía me lo quiere representar. Es cosa del conde Fernán González, y todo, todito, me lo hice en sonetos... Francamente, naturalmente, creo que no sirve para nada.

—Me voy, no sea que se despierte, —dijo Centeno, cansado de las confidencias de Ido.,

Este le detuvo, y con voz más alentada, que declaraba el esfuerzo de su cobarde espíritu, le dijo estas palabras:

“Felipe, tú no sabes lo triste que es volver á casa á estas horas con las manos vacías, y cuando á uno le están esperando desde media tarde, creyendo que lleva los imposibles... Si algún día eres padre de familia, sabrás lo que esto es. Francamente, hijo, yo no sé si me habrás comprendido; si no, te diré que me hagas el favor de prestarme dos reales, si los tienes, y dispensa mi atrevimiento... que francamente, naturalmente, nunca creí que un hombre como yo, dedicado á la enseñanza...”

Aquel apóstol de las gentes, aquel faro de las sociedades, aquel portero de la inmortalidad,

el santo, el evangelista de la civilización, el pescador de hombres, sacó de su bolsillo una cosa que, por las trazas, debía de ser pañuelo, y lo aproximó á las fuentes de ternura que tenía por ojos. Felipe, hasta lo más hondo de sus entrañas conmovido, se registró bien los bolsillos, y todo lo que había en ellos se lo dió.

Miquis y su criado hablaron un rato de aquel infeliz vecino y de su triste situación.

“Coge todo lo que haya—dijo el manchego, —y llévaselo. ¿Qué nos importa el día de mañana? De alguna parte ha de venir. Nuestra miseria es contingente, accidental y temporal; la suya es intrínseca y permanente. ¿No hay allí sobre la mesa dos huevos? Pues ofréceselos. Y las tres onzas de chocolate y el pan... Dale todos los cuartos que tengas en el bolsillo. ¡Pobre hombre! En cuanto me ponga bueno, he de buscarle una colocación.”

Siempre el mismo Alejandro. Ansioso de dinero cuando no lo tenía, y capaz, por adquirirlo, hasta de olvidar los buenos principios, como sucedió en el caso de la tía, desde que tenía algo, fuese poco ó mucho, ya le faltaba tiempo para desprenderse de ello y acudir á cuantas necesidades, verdaderas ó falsas, se manifestaran á su lado. Su generosidad era tan incorregible como su ambición. Y no escarmentaba nunca. Repetidas veces se había visto en grandes aprietos por haber acudido

con demasiada prisa al socorro de los ajenos. Ejemplo de ello, que pocas horas después de su liberalidad con el pobre Ido, al amanecer del siguiente día, la Naturaleza le pidió cuentas de su falta de caridad consigo mismo. ¡De qué buena gana se habría tomado una taza de té con leche, ó leche sola caliente!... Pero no había leche ni azúcar, ni dinero con qué comprarla. Como Felipe se quejara del pernicioso desprendimiento de su amo, éste le dijo:

“Qué quieres... yo soy así, y no puedo ser de otro modo. Por más que me empeñe en ello, no consigo ser egoísta. Mi yo es un yo ajeno.”

Y ambos permanecieron silenciosos, mirándose á ratos; y cuando no se miraban, el uno fijaba sus ojos en el techo y el otro en el suelo. ¡Peregrina divergencia, que en cierto modo venía como á simbolizar la contraria organización de cada uno! ¿Y qué descubriría Miquis en el techo? Nada. ¿Qué sacaba Felipe del suelo? Nada. Ni arriba ni abajo había para ellos socorro alguno.

Daba dolor ver al infeliz joven postrado en aquel lecho, y considerarle favorecido por Dios, si no de una constitución robusta, de bríos morales y mentales que debieran tener virtud suficiente para compensar, en cierto modo, la pobreza física. ¿Pero no podría creerse que la misma tensión y crecimiento del contenido habían roto el frágil vaso, que ya ¡fatalidad! no

tenía soldadura? ¿Quién que le viera no le compadecería? ¿Quién que observara la expresión de aquel rostro, en que se pintaban con magistral sello el martirio y la exaltación de las ideas, no había de extender la mano y decir con arrebatado de piedad: “Detente, muerte, y no le toques?,”

Era la perfecta imagen de un Nazareno, á quien se le quitaran diez años. Su barba mosaica le había crecido algo después de la enfermedad; pero aún no pasaba de la condición de vello largo, fino y sedoso. Era más bien como una sombra dibujada con blando carboncillo: se creería que iba á desaparecer si la soportaban con fuerza. Su perfecta nariz afilada tenía transparencias de ópalo, y las tintas gelatinosas de sus mejillas y sienes hacían que éstas parecieran más deprimidas de lo que estaban. El tinte cárdeno de las cuencas de sus ojos agrandaba éstos, haciéndolos más negros, luminosos y profundos. Cuando eran intérpretes de la esperanza ó del entusiasmo, el espíritu como que no cabía en ellos y se derramaba en borbotones de luz. Tristes, parecían la propia mirada de la muerte; alegres, traían resurrección á apariencias de salud á todo el descompuesto organismo.

Día y noche se le veía en aquella postura de paciencia, incorporado en el lecho, porque no podía respirar de otra manera; rodeado de al-

mohadas, mal cubierto, de frente á la luz, con la mirada perdida en el techo, ó en el cuadrado trozo de cielo que por la ventana se veía.

## VII

Sacóles de la perplejidad en que ambos estaban una voz, precedida de discretos golpes en la puerta. La voz dijo: "¿dan su permiso?", y la persona que entró fué don José Ido, que á preguntar venía por el enfermo y á dar las gracias por los auxilios de la noche anterior. Alejandro, como de costumbre, dijo que se sentía mucho mejor, y entabló un ameno coloquio con aquel excelente sujeto, mártir de la instrucción, fanal de las generaciones, accidentalmente apagado por falta de aceite. Los tiempos estaban malos, y francamente, naturalmente, el bueno de Ido no había de coger una espuerta de tierra en las obras del Ayuntamiento... ¡Y pensar que había en España diez millones de seres, con ojos y manos, que no sabían escribir!... ¡Y que él, hombre capaz de enseñar á escribir al pilón de la Puerta del Sol, no tuviese que comer...! ¡Qué anomalías, y qué absurdos, y qué contrasentido tan desconsolador! ¿Pero esto era una nación ó una horda? Ido se inclinaba á creer que fuera una gavilla de empleados, una manada de cesantes

y una piara de pretendientes... Por todas partes no se oían más que anuncios de revolución, y don José... francamente... le pedía á Dios que se armara la gorda lo más pronto posible, que todo se volviese patas arriba, y que viéramos á los generales y ministros yendo á esperar á los Reyes, y á los aguadores sentados en las poltronas... ¡ajajá! Porque la vuelta tenía que ser grande para que el país se desasnara.

Felipe, mientras hablaba su amigo, había encendido la cocinilla económica, y calentaba agua. Las retorcidas hojas del té estaban allí, en un papelejo; pero faltaba el azúcar.

"Si tuviera usted un poco de azúcar, don José...

—Precisamente—replicó el pendolista con generoso arranque,—ese es un artículo de que no carecemos nunca. Mi mujer tiene un primo confitero, que nos da el caramelo de desecho, el almíbar que se quema y toda la confitería que se pasa de punto... Al momento.."

Fuése, y volvió con un gran paquete de aquellas materias sacarinas que había dicho. De los pedazos de caramelo llenó Alejandro un cucurucho para ponerlo debajo de la almohada, y al instante empezó á chupar. Aunque algo quemados, estaban buenos, y á él le sabían á gloria.

"Pues si tuviera usted un poco de leche, don José...

—Voy á ver... Puede...,,

Al poco rato, volvió mi hombre con un vasito que contenía un dedo de leche.

“Si se pudiera arreglar el señor con esto...”

—Basta: muchas gracias.,,

Despidióse don José para ir á sus quehaceres, que eran recorrer todo Madrid en busca de colocación, y afanar al mismo tiempo, por los medios que la Providencia le sugiriera, el sustento para el día; tarea cruel, áspera y abrumadora que al pobre hombre le consumía y le reseca hasta dejarle en los puros huesos. Bien copiando algún escrito, bien apelando á los sentimientos caritativos de los amigos, ó ya felicitando á cualquier prócer con un mensaje ornado de rasgos y primores caligráficos, lograba reunir miserable suma. ¡Pero las necesidades eran tantas...! ¡luego la enfermedad de su señora, el médico, las medicinas...! Francamente, naturalmente, don José Ido del Sagrario dudaba de la Divina Providencia.

Cuando Alejandro se tomó su té, que le supo muy bien, dijo á Felipe:

“Así no podemos estar... Esto es horrible. ¡Vaya un día! Hijito, es preciso que busques algo. Vete á ver á Cienfuegos. Que te dé siquiera dos duros. Si no los tiene, habla con Arias y con Zalamero, y píntale la situación.,,

Á media tarde volvía Felipe de su caminata. En aquel largo espacio de tiempo, no había

estado Miquis en completo abandono. Cirila, que no era un ángel ni mucho menos, pero sí un sér humano, había entrado á las once y le había dicho esto:

“He puesto un pucherito. Le traeré á usted una taza de caldo, ó unas sopas claras si las quiere. Ya me debe usted seis duros, y si me da algo á cuenta, no le faltará nada.,,

No volvió Felipe con las manos vacías. Oigámosle:

“Cienfuegos no tiene un ochavo. Arias dice que si usted le da cinco duros, le hará un gran favor. Sí: para dar estamos. Poleró dice que vendrá á verle á usted esta noche, y Sánchez de Guevara me dió esta peseta para mí... ¡para mí! Bueno. El *tío prisma* salió muy tieso del comedor, con el mondadientes de plata en la boca; el señor *Completo* salió á echar sus cartas, y me preguntó si estaba usted mejor. Le dije que sí, y echó un suspiro. *Prisma* dijo que... memorias... y que si se ofrece algo para París. ¡Ah!... Zalamero que vendrá también por acá... Bueno... ¡Ah! memorias de Julián, que salió conmigo á la calle, y ha venido acompañándome hasta la puerta. No quiso entrar... Bueno... Ahora viene lo gordo... (*metiendo la mano en el bolsillo y sacando un objeto*). ¿Á que no sabe usted quién me ha dado este duro? Si lo acierta... ¿á que no acierta? Pues me lo ha dado doña Virginia. Dice que

le va á mandar á usted chuletas... que eso que usted tiene no es más que hambre, y que se cura con carne y jamón.

—¡Pobre Virginia! Es una buena mujer... Mira, dale el duro enterito á Cirila. Hay que tener presente que se le debe más. Hoy me ha dado sopas.

—¡Ah!... don Basilio me dió este real... ¡para mí!... y que expresiones, y que no se acoquine usted.,

Por la noche tuvieron de visita á Zalamero, Poleró y Arias. Hablaron tanto, que Alejandro se aturdió con el ruido; pero disimulaba su malestar por no privarse del gusto que tenía en la conversación. Lo único que dijo fué que hicieran el favor de no fumar mucho.

Poleró, con su vehemencia de costumbre, le decía:

“Anímate, hombre. Sal de esa cama. Hace ahora un tiempo hermosísimo. Si no fuera porque están cerca los exámenes y hay que empujar, te acompañaríamos más. ¿Y el drama? ¿Se representará la temporada que viene?

—Eso, seguro.

—Creo que esta semana se pone en escena la comedia de Federico Ruiz. Me han dicho que es mala adrede.,

Y Arias, fuerte en literatura, hablaba de *Los Miserables*, obra que por tales días cautivaba y embelesaba á tantos lectores. ¡Aquella

Cosette!... ¡aquella Fantina!... ¡aquel Juan Valjean!... ¡aquel capítulo *la tempestad bajo un cráneo!*... ¡aquel polizonte Javert!... ¡aquel capítulo de las cloacas!... ¡aquel Fauchelevent!... ¡aquellas monjas del pequeño Picpus!... ¡aquella frase *no hay que confundir las estrellas del cielo con las que imprimen en el fango las patas de los gansos!*... ¡aquel Gavroche!... En fin, todo, todo...

Con estas conversaciones, poníase Alejandro excitadísimo y le entraba ardorosa fiebre. ¡Qué mala noche iba á pasar! Más valía que se fueran. Los muchachos, compadecidos de la horrible situación de su amigo, convinieron en hacerle un anticipo. No eran ricos; pero entre todos echaron un guante, dejando sobre la mesa de noche tres duros y dos pesetas.

“Adiós, adiós: á ver si te sacudes.

—Adiós, y gracias. Ya os lo mandaré con Felipe, cuando reciba lo que me enviará mi padre.,

Por la escalera abajo, los tres jóvenes hacían comentarios sobre lo que acababan de ver.

“Yo le tengo lástima; pero hay que confesar que es un suicida. El se ha matado.

—¡Pobre chico!... y lo que es ese no se levanta más. Yo se lo decía: “Mira, que te estás matando.,

—La casa es una perrera. ¿Qué idea le dió de venirse aquí?



—¿Pero tú has visto á Miquis hacer alguna vez cosa derecha y con sentido común?

—Si no hay quien le entienda...

—Es un desgraciado, un loco... Bien merecido le está.,

Poco después entró Cienfuegos. Ver el dinero que sobre la mesa de noche estaba y hacia él írsele con avidez los ojos, fué todo uno.

“Chico, me debes dos pesetas del percloruro de hierro. ¿Á ver ese pulso? Algo excitado. ¿Han estado aquí esos? ¿Ha habido conversación? Se conoce. ¿Y qué tal? ¿Has comido? Doña Virginia te mandará mañana unas chuletitas.,

Terminado el interrogatorio médico, se le escaparon estas palabras sacramentales:

“Veo que estás en fondos... No, lo que es este duro me lo llevo. Recuerda que me debes... Es decir, yo te debo más; pero me refiero á lo accidental. Chico, la lucha por la existencia es la más cruel de las leyes. ¡Eh!... tú, Felipe, trae esta noche cloral. ¿Has perdido la receta? Si á las diez no duerme, se lo das. Avisa á cualquier hora de la noche si hay novedad.,

Incomodó á Felipe la franqueza con que el médico espoliaba el tesoro del enfermo; pero no se atrevió á decir nada. Cuando se fué Juan Antonio, hablaron un ratito amo y criado de la necesidad de llamar otro médico, el mismo que había venido al principio... Días pasaron sin ninguna novedad. Ido les acompañaba no

pocos ratos, y ambas familias se favorecían mutuamente en sus tribulaciones. A lo mejor tocaban á la puerta, y se veía asomar por ella el rostro agraciado de una niña de diez años, bonita, rubia, con la cara sucia y el vestir andrajoso:

“Don Felipe...

—¿Qué quieres, muchacha?—preguntaba él asustado del *don*.

—Dice mi mamá que si por casualidad tiene usted una libreta.

—Sí, sí—respondía Miquis al punto.—Felipe, dásela.

—Don Felipe, que si hace usted el favor de darme una peseta, que cuando venga papá á la noche se la dará.

—Toma.

—Don Felipe, que si hace el favor de un huevo...

—Toma.,

Gran regocijo y distracción tenía el enfermo cuando los dos chicos mayores de Ido y otros de la vecindad entraban en su cuarto, con gorros de papel y cañas al hombro, haciendo maniobras y juegos militares. Si no fuera por el ruido que metían, no les dejaría salir del cuarto en toda la tarde; pero á veces era menester darles algo para que callaran ó para que hicieran sus evoluciones en el pasillo con el menor estrépito posible. Rosa Ido, la que á pedir ve-

nía de parte de su mamá, era muy juiciosa, y á ratos les acompañaba contándoles cosas de la vecindad y diabluras que hizo el gato. Su papá había ido á casa del ministro *para ver si lo quería colocar*; ¡pero quiá! el ministro era un pillo... Decía su papá que iba á venir *la gorda*, y que él se alegraba, porque eso de que unos coman y otros no, francamente... Algunas tardes iba con su muñeca, que tenía toda la cara comida, y se ocupaba en vestirla y desnudarla con trapos y cintajos, para que Alejandro se riera. La sentaba en una silla, diciéndole con fe: "ahora te quedas aquí, acompañando á este caballero...". Lo mismo hacía con el gato; pero éste no era tan obediente como la muñeca, y se marchaba detrás de su ama. Por Felipe tenía verdadera pasión, y no se separaba de él como pudiese. Á veces atormentábale con preguntas y largas charlatanerías sobre cualquier insulso tema.

"¿Por qué te llaman Doctor?—le dijo un día.—¿Es que eres médico? Pues cúrame el gato, que está malito.."

## VI

FIN

## I

Todo el mes de Mayo se pasó en alternativas de engañosa mejoría y de recrudecimiento del mal, resultando un alza y baja sintomatológica, con oscilaciones no menos bruscas que las de los fondos del enfermo. Días hubo en que, cubiertas con esplendidez las principales atenciones, aún sobró lo bastante para poner un duro en la mano fría y flaca del apóstol de la escritura; pero otros, teñidos en todas sus horas de un lúgubre color de tristeza, no traían consigo más que necesidades, disgustos con Cirila, apuros y carencias de lo más preciso. Fué por San Isidro cuando recibió Alejandro carta de su padre, en la cual se manifestaba ya el buen señor enterado de la vuelta que habían tomado los dineros de la tía. Vivísimo enojo resaltaba en cada renglón de la epístola. El iracundo padre, pidiendo cuentas del uso de aquel capital, declaraba al niño su resolución de no mandarle un cuarto más en